



Thomas Hardy

El Brazo
Marchito

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL BRAZO MARCHITO

THOMAS HARDY

PUBLICADO: 1888
FUENTE: ONLINE-LITERATURE.COM
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

I

UNA LECHERA SOLITARIA

Era una vaquería de ochenta vacas, y el contingente de ordeñadoras, habituales y supernumerarias, estaba al completo en sus faenas; pues, aunque la estación era todavía principios de abril, el pasto se hallaba enteramente en las vegas de regadío, y las vacas daban «pail llena». La hora rondaba las seis de la tarde, y habiéndose despachado ya las tres cuartas partes de los grandes animales rojizos y rectangulares, se presentó ocasión para un poco de conversación.

—Mañana trae a casa a su novia, según oigo. Hoy han llegado ya hasta Anglebury.

La voz parecía salir del vientre de la vaca llamada Cherry, aunque quien hablaba era una ordeñadora cuyo rostro estaba hundido en el flanco de aquel animal inmóvil.

—¿La ha visto alguien? —dijo otra.

La primera respondió que no. —Aunque dicen que es una muchachita bastante rolliza y colorada —añadió; y al hablar volvió el rostro de manera que pudo lanzar una mirada, por encima del rabo de su vaca, al otro ex-

tremo del corral, donde una mujer delgada y marchita de unos treinta años ordeñaba algo apartada de las demás.

—Años más joven que él, dicen —continuó la segunda, dirigiendo también una mirada reflexiva en la misma dirección.

—¿Y cuántos le calculáis a él?

—Treinta o así.

—Más bien cuarenta —intervino un viejo vaquero cercano, con un largo delantal blanco o «blusa», y el ala del sombrero atada hacia abajo, de modo que parecía una mujer—. Nació antes de que construyeran nuestra Gran Presa, y yo no ganaba jornal de hombre cuando acarreaba agua allí.

La discusión se acaloró tanto que el runrún de los chorros de leche se volvió irregular, hasta que una voz procedente del vientre de otra vaca gritó con autoridad: «Bueno, ¿y qué nos importa a nosotros la edad del granjero Lodge, o la nueva señora del granjero Lodge? Yo tendré que pagarle nueve libras al año por el arriendo de cada una de estas vacas, sean los años que sean él y ella. Poneos a trabajar, o se hará de noche antes de que acabemos. Ya está cayendo la tarde.» Era el propio lechero, de quien dependían ordeñadoras y vaqueros.

Públicamente no se dijo nada más sobre la boda del granjero Lodge, pero la primera mujer murmuró bajo su vaca a la vecina de al lado: «Es una pena para ella», señalando a la delgada y extenuada ordeñadora.

—Oh, no —dijo la segunda—. Él no le habla a Rhoda Brook desde hace años.

Cuando terminaron el ordeño, lavaron los cubos y los colgaron en un soporte de múltiples púas hecho, como era costumbre, de la rama pelada de un roble clavada en tierra, que semejaba un asta de ciervo colosal. La mayoría se dispersó luego en distintas direcciones camino de sus casas. La mujer delgada que no había hablado se reunió con un muchacho de doce años más o menos, y los dos se alejaron campo arriba también.

Su camino discurría apartado del de los demás, hacia un lugar solitario en lo alto, por encima de las vegas, no lejos de la linde del páramo de Egdon, cuyo oscuro semblante se vislumbraba en la distancia mientras se acercaban a su casa.

— Ahí abajo, en el corral, acaban de decir que tu padre trae mañana a su joven esposa desde Anglebury —observó la mujer—. Tendré que mandarte a comprar algunas cosas al mercado, y es casi seguro que te los encuentres.

— Sí, madre —dijo el muchacho—. ¿Está casado padre, entonces?

— Sí... Puedes echarle un vistazo a ella y contarme qué pinta tiene, si la ves.

— Sí, madre.

— Si es morena o rubia, y si es alta... tan alta como yo. Y si parece una mujer que haya trabajado para ganarse la vida, o de las que siempre han vivido bien y no han hecho nada, y llevan el sello de señora encima, que es lo que yo me espero.

— Sí.

Subieron la colina en el crepúsculo y entraron en la cabaña. Estaba construida con paredes de barro, cuya superficie había sido surcada por tantas lluvias en canales y depresiones que no quedaba visible ningún tramo plano de la cara original, mientras que aquí y allá en el tejado de paja asomaba una viga como un hueso que sobresaliera a través de la piel.

Ella estaba arrodillada en el rincón de la chimenea, frente a dos trozos de turba colocados juntos con el brezo hacia dentro, soplando las ascuas al rojo vivo con el aliento hasta que las tepes prendieron llama. El resplandor iluminó su mejilla pálida e hizo que sus ojos oscuros, que en otro tiempo habían sido hermosos, parecieran hermosos de nuevo. — Sí —reanudó—, fíjate si es morena o rubia, y si puedes, observa si tiene las manos blancas; si no, mira si tienen el aspecto de haber hecho trabajo doméstico, o son manos de ordeñadora como las mías.

El muchacho volvió a prometer, esta vez con distracción; su madre no advirtió que estaba tallando una muesca con su navaja en la silla de respaldo de haya.

II

LA JOVEN ESPOSA

El camino de Anglebury a Holmstoke es en general llano, pero hay un lugar donde un ascenso pronunciado rompe su monotonía. Los granjeros que vuelven de aquella ciudad de mercado al trote durante todo el trayecto pasan sus caballos al paso en esa breve cuesta.

A la tarde siguiente, mientras el sol brillaba todavía, una elegante calesa nueva, con la caja de color limón y las ruedas rojas, avanzaba veloz hacia el oeste por la carretera llana a la grupa de una poderosa yegua. El conductor era un labrador acomodado en la flor de la vida, afeitado con pulcritud como un actor, con el rostro teñido de ese tono de bermellón azulado que tan a menudo favorece las facciones de un granjero próspero cuando vuelve a casa tras cerrar buenos negocios en la ciudad. A su lado se sentaba una mujer muchos años más joven que él, casi una muchacha. Su rostro también era fresco de color, pero de una calidad completamente distinta: suave y evanescente, como la luz bajo un montón de pétalos de rosa.

Poca gente transitaba por ese camino, pues no era una vía principal; y la larga cinta blanca de grava que se extendía ante ellos estaba desierta, salvo por una manchita apenas perceptible que se fue resolviendo en la figura de un muchacho que avanzaba a paso de tortuga mirando continuamente hacia atrás, con el voluminoso fardo que cargaba como excusa, si no como causa, de su lentitud. Cuando la alegre calesa redujo la marcha al pie del ascenso mencionado, el caminante estaba a pocos pasos por delante. Sujetándose el gran fardo con una mano en la cadera, se volvió y miró fijamente a la es-

posa del granjero como si quisiera leerla de parte a parte, andando al paso del caballo.

El sol bajo le daba de lleno en la cara, haciendo que cada rasgo, sombra y color resultaran nítidos, desde la curva de su pequeña nariz hasta el color de sus ojos. El granjero, aunque parecía molesto por la persistente presencia del muchacho, no le ordenó que se apartara; y así el chico les precedió, con la mirada dura sin apartarse de ella, hasta que llegaron a lo alto del ascenso, momento en que el granjero partió al trote con el alivio visible en su semblante, sin haber prestado atención exterior alguna al muchacho.

— ¡Cómo me ha mirado ese pobre chico! — dijo la joven esposa.

— Sí, querida; lo he visto.

— ¿Es del pueblo, supongo?

— De los alrededores. Creo que vive con su madre a una o dos millas de aquí.

— Sabe quiénes somos, sin duda.

— Oh, sí. Tendrás que acostumbrarte a que te miren al principio, mi bonita Gertrude.

— Ya me lo imagino, aunque quizá el pobre muchacho nos haya mirado con la esperanza de que lo aliviáramos de su pesada carga, más que por curiosidad.

— Oh, no — dijo su marido con indiferencia —. Estos zagales de campo cargan un quintal en cuanto se lo echan a la espalda; además, su fardo tenía más volumen que peso. Bueno, otra milla y podré enseñarte nuestra casa a lo lejos, si no oscurece antes de que lleguemos. — Las ruedas giraron, y las partículas salieron despedidas de su circunferencia como antes, hasta que una casa blanca de amplias proporciones se reveló ante ellos, con establos y almiares al fondo.

Entretanto el muchacho había apretado el paso y, tomando un camino vecinal a milla y media de la blanca granja, subió hacia los pastos más pobres y así llegó a la cabaña de su madre.

Ella había llegado a casa tras su jornada de ordeño en la vaquería apartada, y estaba lavando col en el umbral con la luz menguante. — Sujétame un

momento la red —dijo, sin preámbulos, cuando el muchacho llegó.

Él tiró el fardo, sostuvo el borde de la red de la col, y mientras ella iba llenando las mallas con las hojas goteantes, continuó: —Bueno, ¿la has visto?

—Sí; con toda claridad.

—¿Es distinguida?

—Sí; y más. Una señora cabal.

—¿Es joven?

—Bueno, ya es adulta, y sus maneras son las de toda una mujer.

—Claro. ¿De qué color tiene el pelo y la cara?

—El pelo, tirando a claro, y la cara tan mona como la de una muñeca de verdad.

—¿Sus ojos, entonces, no son oscuros como los míos?

—No, de un tono azulado, y la boca muy bonita y roja; y cuando sonrío, se le ven los dientes blancos.

—¿Es alta? —dijo la mujer con brusquedad.

—No lo pude ver. Estaba sentada.

—Pues ve mañana a la iglesia de Holmstoke: seguro que está allí. Ve temprano, fíjate en cómo entra andando, y vuelve a casa a decirme si es más alta que yo.

—Muy bien, madre. Pero ¿por qué no vas tú misma a verla?

—¿Yo ir a verla? No levantaría los ojos hacia ella aunque pasara ahora mismo por mi ventana. Iba con el señor Lodge, claro. ¿Qué dijo o hizo él?

—Lo mismo que siempre.

—¿No te hizo ningún caso?

—Ninguno.

Al día siguiente la madre le puso al muchacho una camisa limpia y lo despachó a la iglesia de Holmstoke. Llegó al antiguo edificio cuando la puerta acababa de abrirse, y fue el primero en entrar. Tomando asiento junto

a la pila bautismal, observó cómo los feligreses iban desfilando. El acaudalado granjero Lodge llegó casi el último; y su joven esposa, que le acompañaba, subió la nave con la timidez natural a una mujer modesta que se presentaba así en público por primera vez. Como todos los demás ojos estaban fijos en ella, la mirada del muchacho no llamó esta vez la atención.

Cuando llegó a casa su madre dijo: «¿Y bien?» antes de que él hubiera entrado en la habitación.

—No es alta. Es más bien baja —respondió.

—¡Ah! —dijo su madre con satisfacción.

—Pero es muy guapa, muchísimo. De hecho, es preciosa. —La frescura juvenil de la esposa del labrador había dejado huella incluso en el carácter algo duro del muchacho.

—Eso es todo lo que quería oír —dijo su madre con rapidez—. Ahora, pon el mantel. La liebre que has lazado está muy tierna; pero que no te pillen. Nunca me has dicho qué clase de manos tenía.

—Es que no las he visto. No se quitó los guantes en ningún momento.

—¿Qué llevaba esta mañana?

—Una cofia blanca y un vestido color plata. Crujía y silbaba tan fuerte al rozar con los bancos que la señora se sonrojó más que nunca de vergüenza por el ruido, y lo recogió para que no tocara; pero cuando se metió en el asiento, crujió más que antes. El señor Lodge parecía complacido, y le resaltaba el chaleco, y sus grandes sellos dorados colgaban como los de un lord; pero a ella parecía que le habría gustado tener el ruidoso vestido en cualquier otro sitio que no fuera encima.

—¡Qué va! En fin, de momento es suficiente.

Estas descripciones de la pareja recién casada las fue haciendo el muchacho de vez en cuando, a petición de su madre, tras cualquier encuentro casual que tuviera con ellos. Pero Rhoda Brook, aunque podría fácilmente haber visto a la joven señora Lodge en persona caminando un par de millas, jamás intentó ninguna excursión hacia el barrio donde estaba la granja. Tampoco ella, en el ordeño diario en el corral del lechero en la segunda granja apartada de Lodge, habló nunca del tema del reciente matrimonio. El lechero, que arrendaba las vacas a Lodge y conocía perfectamente la histo-

ria de la alta ordeñadora, con varonil bondad mantenía siempre al cotilleo en el corral alejado de Rhoda. Pero el ambiente en aquellos alrededores estaba impregnado del asunto los primeros días de la llegada de la señora Lodge; y por la descripción que hacía su hijo y las palabras sueltas de las otras ordeñadoras, Rhoda Brook podía formarse una imagen mental de la inconsciente señora Lodge tan realista como una fotografía.

III

UNA VISIÓN

Una noche, dos o tres semanas después del regreso de los recién casados, cuando el muchacho se había acostado, Rhoda se quedó largo rato ante las ascuas de turba que había retirado para apagarlas. Contempló con tal intensidad a la nueva esposa, tal como se le presentaba en su imaginación sobre las brasas, que olvidó el transcurso del tiempo. Por fin, agotada por la jornada de trabajo, se retiró también ella.

Pero la figura que tanto la había ocupado durante ese día y los anteriores no iba a desterrarse por la noche. Por primera vez Gertrude Lodge visitó en sueños a la mujer desplazada. Rhoda Brook soñó — pues su afirmación de que la vio de verdad antes de dormirse no era de creer — que la joven esposa, con el vestido de seda pálida y la cofia blanca, pero con los rasgos horriblemente deformados y arrugados por la edad, estaba sentada sobre su

pecho mientras ella yacía. El peso de la persona de la señora Lodge fue haciéndose más y más pesado; los ojos azules la escrutaban con crueldad; y entonces la figura extendió su mano izquierda con mofa, de manera que el anillo de boda que llevaba destelló ante los ojos de Rhoda. Enloquecida y casi asfixiada por el peso, la durmiente forcejó; el íncubo, que no cesaba de mirarla, se retiró al pie de la cama, solo para avanzar de nuevo poco a poco, retomar su asiento y agitar la mano izquierda como antes.

Jadeando, Rhoda, en un último esfuerzo desesperado, lanzó su mano derecha, aferró por el intrusivo brazo izquierdo al espectro que la encaraba y lo arrojó hacia atrás al suelo, incorporándose al mismo tiempo con un grito sordo.

—¡Oh, Dios misericordioso! —exclamó, sentada al borde de la cama bañada en sudor frío—. Eso no era un sueño... ¡estaba aquí!

Podía sentir aún entre sus dedos el brazo de su antagonista: la misma carne y el mismo hueso, según le parecía. Miró al suelo adonde había arrojado al espectro, pero no había nada que ver.

Rhoda Brook no durmió más aquella noche, y cuando fue a ordeñar al amanecer siguiente advirtieron lo pálida y ojerosa que estaba. La leche que sacó temblaba al caer en el cubo; su mano no se había calmado aún, y seguía conservando la sensación del brazo. Volvió a casa para desayunar tan agotada como si fuera la hora de la cena.

—¿Qué fue ese ruido en tu cuarto, madre, anoche? —dijo su hijo—. Te caíste de la cama, ¿verdad?

—¿Oíste caer algo? ¿A qué hora?

—Justo cuando el reloj dio las dos.

No supo explicárselo, y cuando terminaron de comer siguió en silencio con sus tareas domésticas, ayudada por el muchacho, pues a él le disgustaba salir a trabajar a las granjas, y ella consintió su renuncia. Entre las once y las doce sonó el pestillo del portillo del jardín, y ella alzó los ojos a la ventana. Al fondo del jardín, dentro del portillo, estaba la mujer de su visión. Rhoda pareció paralizarse.

—¡Ah, dijo que vendría! —exclamó el muchacho, que también la vio.

—¿Que dijo cuándo? ¿Cómo nos conoce?

—La he visto y he hablado con ella. Hablé con ella ayer.

—Te dije —dijo la madre, enrojeciendo de indignación— que nunca hablaras con nadie de aquella casa, ni te acercaras a ese sitio.

—Yo no le hablé hasta que ella me habló a mí. Y no me acerqué a ese sitio. Me la encontré en el camino.

—¿Qué le contaste?

—Nada. Ella dijo: «¿Eres tú el pobre chico que tuvo que traer la carga tan pesada del mercado?» Y miró mis botas, y dijo que no me mantendrían los pies secos si llegaba a llover, porque estaban muy agrietadas. Le dije que vivía con mi madre, y que teníamos bastante con apañarnos, y así estaban las cosas; y entonces dijo: «Vendré a traerte unas botas mejores y a ver a tu madre.» Les da cosas a otras personas de las veces también, no solo a nosotros.

La señora Lodge estaba ya en ese momento junto a la puerta, no con su seda, como Rhoda había soñado en el dormitorio, sino con un sombrero de mañana y un vestido de tela corriente y ligera, que le sentaba mejor que la seda. En el brazo llevaba una cesta.

La impresión que quedaba de la experiencia nocturna era aún fuerte. Brook casi esperaba ver las arrugas, el desprecio y la crueldad en el rostro de su visitante. Habría escapado a la entrevista de haber podido. No había, sin embargo, puerta trasera en la cabaña, y en un instante el muchacho había levantado el pestillo ante el suave golpe de la señora Lodge.

— Veo que he llamado a la casa correcta —dijo ella, mirando al chico y sonriendo—. Pero no estaba segura hasta que abriste la puerta.

La figura y los movimientos eran los del fantasma; pero su voz era indescriptiblemente dulce, su mirada tan seductora, su sonrisa tan tierna, tan distinta a la de la visitante nocturna de Rhoda, que esta apenas podía dar crédito al testimonio de sus sentidos. Estaba de veras contenta de no haberse escondido por pura aversión, como había estado tentada de hacer. En su cesta la señora Lodge traía el par de botas que había prometido al muchacho, y otros artículos útiles.

Ante estas muestras de sentimiento benévolo hacia ella y los suyos, el corazón de Rhoda la reprendió amargamente. Esta inocente joven debía

recibir su bendición, no su maldición. Cuando se marchó, pareció apagarse una luz en la vivienda. Dos días después volvió para saber si las botas encajaban bien; y menos de quince días más tarde pagó a Rhoda otra visita. Esta vez el muchacho estaba ausente.

—Camino mucho —dijo la señora Lodge—, y su casa es la más cercana fuera de nuestra propia parroquia. Espero que esté bien. No parece encontrarse del todo bien.

Rhoda dijo que estaba bastante bien; y en efecto, aunque la más pálida de las dos, había más de la fortaleza que perdura en sus rasgos bien definidos y su constitución robusta que en la joven de mejillas suaves que tenía ante sí. La conversación se fue haciendo bastante confidencial en lo que tocaba a sus capacidades y flaquezas; y cuando la señora Lodge se despedía, Rhoda dijo: —Espero que el aire le siente bien, señora, y que no sufra por la humedad de las vegas.

La más joven respondió que no había motivo para dudar de que su salud fuera habitualmente buena. —Aunque, ya que me lo recuerda —añadió—, tengo un pequeño mal que no me explico. No es nada grave, pero no consigo entenderlo.

Se descubrió la mano y el brazo izquierdos; y su contorno se presentó ante los ojos de Rhoda como el exacto original del miembro que había contemplado y aferrado en su sueño. Sobre la rosada superficie redonda del brazo había unas marcas tenues de color malsano, como si las hubiera producido una mano brusca. Los ojos de Rhoda se clavaron en las decoloraciones; le pareció distinguir en ellas la forma de sus propios cuatro dedos.

—¿Cómo ocurrió? —dijo mecánicamente.

—No lo sé —respondió la señora Lodge, meneando la cabeza—. Una noche, mientras dormía profundamente, soñando que estaba lejos en algún lugar extraño, me sobrevino de pronto un dolor en el brazo tan agudo que me despertó. Debo de haberme golpeado durante el día, supongo, aunque no recuerdo haberlo hecho. —Añadió, riendo: —Le digo a mi querido marido que parece como si se hubiera puesto furioso y me hubiera dado un golpe ahí. Oh, seguro que desaparece pronto.

—¡Ja, ja! Sí... ¿En qué noche ocurrió?

La señora Lodge reflexionó y dijo que mañana haría quince días. — Cuando desperté no recordaba dónde estaba — añadió —, hasta que el reloj, al dar las dos, me lo recordó.

Había nombrado la noche y la hora del encuentro espectral de Rhoda, y Brook se sintió como una culpable. La revelación ingenua la sacudió; no razonó sobre los caprichos de la coincidencia; y todo el escenario de aquella noche espantosa regresó a su mente con doble viveza.

—Oh, ¿será posible — se dijo cuando se hubo marchado su visitante — que ejerza sobre las personas un poder maligno contra mi propia voluntad? Sabía que la habían llamado a sorbas bruja desde su caída; pero no habiendo entendido nunca por qué le habían atribuido ese estigma en particular, lo había desatendido. ¿Podía ser esa la explicación, y habían ocurrido antes cosas semejantes?

IV

UNA SUGERENCIA

Fue pasando el verano, y Rhoda Brook casi temía encontrarse de nuevo con la señora Lodge, a pesar de que su sentimiento hacia la joven esposa rozaba casi el afecto. Algo en su propia individualidad parecía acusar a Rhoda de un crimen. Sin embargo, a veces una fatalidad encaminaba los pasos de esta última hacia las afueras de Holmstoke cuando salía de casa con algún

propósito distinto al trabajo cotidiano; y así ocurrió que su siguiente encuentro fue al aire libre. Rhoda no pudo evitar el asunto que tanto la había desconcertado, y tras las primeras palabras balbuceó: —Espero que... el brazo esté mejor, señora. —Había advertido con consternación que Gertrude Lodge llevaba el brazo izquierdo rígido.

—No; no está del todo bien. De hecho no mejora nada; está más bien peor. A veces me duele horriblemente.

—Quizá debería usted ir al médico, señora.

Ella respondió que ya había visto a un médico. Su marido había insistido en que fuera. Pero el cirujano no parecía entender en absoluto el miembro afectado; le había dicho que lo bañara en agua caliente, y ella lo había bañado, pero el tratamiento no había dado resultado alguno.

—¿Me permite verlo? —dijo la ordeñadora.

La señora Lodge se subió la manga y descubrió el lugar, que estaba a pocos dedos por encima de la muñeca. En cuanto Rhoda Brook lo vio, apenas pudo conservar la compostura. No había nada parecido a una herida, pero el brazo en aquel punto tenía un aspecto marchito, y el contorno de los cuatro dedos se apreciaba con más nitidez que la vez anterior. Además, le pareció que estaban impresos en la posición relativa exacta de su propia garra sobre el brazo en el trance: el primer dedo hacia la muñeca de Gertrude, y el cuarto hacia su codo.

Lo que la marca recordaba parecía habersele ocurrido también a Gertrude desde su último encuentro. —Parece casi como marcas de dedos —dijo; añadiendo con una débil sonrisa: —Mi marido dice que es como si alguna bruja, o el mismísimo diablo, me hubiera aferrado ahí y chamuscado la carne.

Rhoda se estremeció. —Son imaginaciones —dijo con precipitación—. Yo que usted no le haría caso.

—No me importaría tanto —dijo la más joven, con vacilación—, si... si no tuviera la sensación de que hace que mi marido me quiera menos, no, me quiera menos. Los hombres dan tanta importancia al aspecto físico.

—Algunos, sí. Él, desde luego.

—Sí; y al principio estaba muy orgulloso del mío.

—Mantenga el brazo oculto a su vista.

—Ah, ¡pero él sabe que la deformidad está ahí! —Trató de ocultar las lágrimas que le llenaban los ojos.

—Bueno, señora, espero sinceramente que desaparezca pronto.

Y así el pensamiento de la ordeñadora volvió a quedar encadenado al asunto por una especie de hechizo horrible al regresar a casa. La sensación de haber cometido un acto de malignidad se acrecentaba, por más que intentara ridiculizar su superstición. En su fuero interno Rhoda no se oponía del todo a que la belleza de su sucesora menguara ligeramente, por los medios que fuera; pero no deseaba infligirle dolor físico. Pues aunque esta joven encantadora había hecho imposible cualquier reparación que Lodge le hubiera debido a Rhoda por su conducta pasada, todo rastro de resentimiento por la usurpación inconsciente había desaparecido por completo de la mente de la mayor.

Si la dulce y bondadosa Gertrude Lodge llegara a saber lo de la escena del sueño en el dormitorio, ¿qué pensaría? No comunicárselo parecía una traición ante su afectuosidad; pero contarle ella por propia iniciativa no podía, ni tampoco daba con ningún remedio.

Caviló sobre el asunto la mayor parte de la noche; y al día siguiente, después del ordeño de la mañana, salió para procurar otro vistazo a Gertrude Lodge si le era posible, arrastrada hacia ella por una fascinación sombría. Vigilando la casa desde lejos, la ordeñadora pudo pronto divisar a la esposa del granjero dando un paseo a caballo en solitario, probablemente para reunirse con su marido en algún campo lejano. La señora Lodge la vio y galopó hacia ella.

—¡Buenos días, Rhoda! —dijo Gertrude cuando hubo llegado—. Iba a pasar a verte.

Rhoda advirtió que la señora Lodge llevaba las riendas con cierta dificultad.

—Espero que... el mal brazo —dijo Rhoda.

—Dicen que hay posiblemente una manera de averiguar la causa, y quizá así la cura —respondió la otra con ansiedad—. Es yendo a ver a cierto hombre hábil del páramo de Egdon. No sabían si seguía vivo; y ahora mismo no

recuerdo su nombre, pero dijeron que usted conocía sus movimientos mejor que nadie por aquí, y podría decirme si todavía recibía visitas. ¡Dios mío, cómo se llamaba! Pero usted lo sabe.

—¿No será el conjurador Trendle? —dijo su delgada compañera, palideciendo.

—Trendle, sí. ¿Está vivo?

—Eso creo —dijo Rhoda, de mala gana.

—¿Por qué le llama conjurador?

—Pues... dicen... decían que era un... que tenía poderes que los demás no tienen.

—¡Oh, cómo pudo mi gente ser tan supersticiosa como para recomendar a un hombre de esa calaña! Pensaba que se referían a algún médico. No voy a pensar más en él.

Rhoda pareció aliviada, y la señora Lodge siguió a caballo. La ordeñadora había visto interiormente, desde el momento en que supo que la habían mencionado como referencia para este hombre, que debía existir entre los jornaleros un sentimiento sarcástico en el sentido de que una hechicera sabría el paradero del exorcista. La sospechaban, pues. Poco tiempo atrás eso no le habría causado ninguna inquietud a una mujer de su sentido práctico. Pero tenía ahora una razón perturbadora para ser supersticiosa; y la había sobrecogido de pronto el temor de que aquel conjurador Trendle pudiera señalarla a ella como la influencia maligna que estaba asolando la bella persona de Gertrude, y provocar así que su amiga la odiara para siempre y la tratara como a algún demonio con forma humana.

Pero no todo había terminado. Dos días después, una sombra se coló en el dibujo que proyectaba sobre el suelo de Rhoda Brook el sol de la tarde. La mujer abrió la puerta al instante, casi sin aliento.

—¿Está sola? —dijo Gertrude. Parecía no menos agobiada y ansiosa que la propia Brook.

—Sí —dijo Rhoda.

—¡El mal del brazo parece empeorar, y me preocupa mucho! —continuó la joven esposa del granjero—. ¡Es tan misterioso! Espero que no sea una

herida incurable. He vuelto a pensar en lo que decían sobre el conjurador Trendle. En realidad no creo en esa clase de hombres, pero no me importaría visitarle, por curiosidad, aunque de ninguna manera debe saberlo mi marido. ¿Está lejos donde vive?

— Sí, cinco millas — dijo Rhoda con desgana —. En el corazón de Egdon.

— Bueno, tendría que ir a pie. ¿No podría usted acompañarme para enseñarme el camino, digamos mañana por la tarde?

— Oh, yo no; es que... — murmuró la ordeñadora con un sobresalto de consternación. De nuevo la invadió el temor de que algo relacionado con su violento acto en el sueño pudiera revelarse, y su imagen ante los ojos de la amiga más valiosa que había tenido quedara destruida irremediablemente.

La señora Lodge insistió, y Rhoda accedió al fin, aunque con mucha reticencia. Por triste que le resultara el viaje, no podía en conciencia obstaculizar un posible remedio para la extraña dolencia de su protectora. Se acordó que, para no despertar sospechas sobre su intención mística, se reunirían en el borde del páramo, en la esquina de una plantación visible desde el lugar donde se encontraban ahora.

V

EL CONJURADOR TRENDLE

A la tarde siguiente Rhoda habría dado cualquier cosa por escapar de aquella indagación. Pero lo había prometido. Además, a veces había en ella una fascinación horrible al verse convertida en instrumento que arrojara esa posible luz sobre su propio carácter, que la revelaría como algo más grande en el mundo oculto de lo que ella misma había sospechado jamás.

Partió un poco antes de la hora acordada entre ellas, y media hora de marcha viva la llevó hasta la extensión suroriental del páramo de Egdon, donde estaba la plantación de abetos. Una figura esbelta, con capa y velo, aguardaba ya allí. Rhoda reconoció, casi con un escalofrío, que la señora Lodge llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo.

Apenas se dirigieron la palabra, y se pusieron de inmediato a subir hacia el interior de aquel solemne paisaje, que se alzaba a gran altura sobre los fértiles suelos aluviales que habían dejado atrás media hora antes. El camino era largo; las nubes densas oscurecían la atmósfera, aunque era aún primera hora de la tarde; y el viento aullaba sombríamente sobre las laderas del páramo, probablemente el mismo páramo que había sido testigo de la agonía del rey anglosajón Ina, presentado a las generaciones posteriores como Lear. Gertrude Lodge era quien más hablaba; Rhoda respondía con monosílabos absortos. Sentía una extraña aversión a caminar al lado de su compañera donde colgaba el brazo afectado, y se desplazaba al otro cuando inadvertidamente se acercaba. Habían pisado mucho brezo cuando descendieron hacia un camino de carros, junto al cual se alzaba la casa del hombre que buscaban.

Él no ejercía abiertamente sus prácticas sanadoras, ni le preocupaba gran cosa su continuidad, pues sus intereses directos eran los de un tratante en árgoma, turba, «arena de río» y otros productos locales. Es más, afectaba no creer demasiado en sus propios poderes, y cuando las verrugas que se le habían mostrado para curar desaparecían milagrosamente —lo que, hay que reconocerlo, ocurría infaliblemente—, decía con ligereza: «Oh, yo solo me tomo un vaso de aguardiente a vuestra costa; quizá sea todo pura casualidad», y cambiaba inmediatamente de tema.

Estaba en casa cuando llegaron, pues de hecho las había visto descender hacia su valle. Era un hombre de barba gris y cara bermeja, y al ver por primera vez a Rhoda la miró de una manera singular. La señora Lodge le explicó su cometido; y entonces él, con palabras de autodesprecio, le examinó el brazo.

—La medicina no puede curar esto —dijo con presteza—. Es obra de un enemigo.

Rhoda se encogió en sí misma y se echó hacia atrás.

—¿Un enemigo? ¿Qué enemigo? —preguntó la señora Lodge.

Él meneó la cabeza. —Eso lo sabe usted mejor que yo —dijo—. Si gusta, puedo mostrarle a esa persona, aunque yo mismo no sabré quién es. No puedo hacer más, y no deseo hacerlo.

Ella le apremió; con lo que él indicó a Rhoda que esperara fuera donde estaba, e introdujo a la señora Lodge en la habitación. Daba directamente a la puerta; y como esta quedó entreabierta, Rhoda Brook pudo ver el procedimiento sin tomar parte en él. Él sacó un vaso del aparador, lo llenó casi de agua, y cogiendo un huevo lo preparó de algún modo en privado; luego lo quebró en el borde del vaso, de modo que la clara entró y la yema quedó fuera. Como estaba oscureciendo, tomó el vaso con su contenido y fue a la ventana, y le indicó a Gertrude que observara la mezcla con atención. Se inclinaron juntos sobre la mesa, y la ordeñadora pudo ver el tono opalino del fluido del huevo cambiando de forma a medida que se hundía en el agua, pero no estaba bastante cerca para definir la figura que adoptaba.

—¿Distingue el parecido con algún rostro o figura mientras mira? —preguntó el conjurador a la joven mujer.

Ella murmuró una respuesta en tono tan bajo que Rhoda no la oyó, y siguió mirando fijamente dentro del vaso. Rhoda se volvió y caminó unos pasos.

Cuando la señora Lodge salió y su cara quedó bañada por la luz, parecía extraordinariamente pálida, tan pálida como Rhoda, sobre los tristes tonos de la vegetación del páramo. Trendle cerró la puerta tras ella, y se pusieron de inmediato en camino hacia casa. Pero Rhoda notó que su compañera había cambiado por completo.

—¿Cobró mucho? —preguntó con cautela.

—Oh, no, nada. No quiso aceptar ni un cuarto —dijo Gertrude.

—¿Y qué vio usted? —preguntó Rhoda.

—Nada que... me apetezca contar. —El constreñimiento de sus modales era notable; su rostro estaba tan rígido que tenía un aspecto envejecido, vagamente evocador del rostro en el dormitorio de Rhoda.

—¿Fue usted quien propuso venir aquí en primer lugar? —inquirió de pronto la señora Lodge, tras una larga pausa—. ¡Qué singular, si fue así!

—No. Pero no me pesa del todo haber venido, teniendo en cuenta todo —respondió ella. Por primera vez la invadió una sensación de triunfo, y no lamentó del todo que la joven que tenía a su lado supiera que sus vidas habían sido contrapuestas por influencias distintas a las propias.

El asunto no volvió a mencionarse durante el largo y lúgubre camino de regreso. Pero de una manera u otra corrió ese invierno por la región de muchas vaquerías el rumor de que la pérdida progresiva del uso del brazo izquierdo de la señora Lodge se debía a que Rhoda Brook le había echado el mal de ojo. Esta guardó silencio sobre el íncubo, pero su rostro se fue poniendo más triste y demacrado; y en la primavera, ella y su hijo desaparecieron de los alrededores de Holmstoke.

VI

UN SEGUNDO INTENTO

Transcurrieron casi seis años, y la vida conyugal del señor y la señora Lodge se fue sumiendo en la prosa y algo peor. El granjero estaba habitualmente sombrío y silencioso; la mujer que había cortejado por su gracia y su belleza estaba deformada y afeada en el miembro izquierdo; además, no le había dado ningún hijo, lo que hacía probable que fuera el último de una familia que había ocupado aquel valle durante unos doscientos años. Pensaba en Rhoda Brook y en su hijo, y temía que aquello pudiera ser un castigo del cielo.

La que antaño había sido la alegre y lúcida Gertrude se estaba convirtiendo en una mujer irritable y supersticiosa, cuyo tiempo entero se dedicaba a experimentar con su dolencia con todo remedio de charlatán que se cruzaba en su camino. Estaba sinceramente apegada a su marido, y esperaba en secreto, siempre contra toda esperanza, recuperar su afecto reconquistando al menos algo de su belleza física. De ahí que su armario estuviera forrado de frascos, paquetes y tarros de unguento de toda descripción; más aún, manojos de hierbas místicas, amuletos y libros de nigromancia, que en sus años de colegiala habría ridiculizado como tonterías.

—Maldita sea, vas a envenenarte con estos mejunjes de boticario y esas mezclas de brujas tarde o temprano —dijo su marido cuando sus ojos tropezaron casualmente con el variopinto arsenal.

Ella no respondió, sino que volvió hacia él su mirada suave y triste con tal reproche henchido de corazón que él pareció arrepentirse de sus palabras

y añadió: —Solo lo digo por tu bien, ya lo sabes, Gertrude.

—Voy a tirarlo todo y a destruirlo —dijo ella con voz ronca—, ¡y no probaré más esos remedios!

—Necesitas a alguien que te anime —observó él—. Pensé una vez en adoptar a un muchacho; pero ya tiene demasiada edad. Y se ha ido, no sé adónde.

Ella adivinó a quién se refería; pues la historia de Rhoda Brook había llegado a su conocimiento con el paso de los años, aunque jamás había cruzado entre su marido y ella una sola palabra sobre el asunto. Tampoco ella le había hablado nunca de su visita al conjurador Trendle, ni de lo que le fue revelado, o creyó que le fue revelado, por aquel solitario habitante del páramo.

Tenía ya veinticinco años, pero parecía mayor. «Seis años de matrimonio y solo unos meses de amor», se susurraba a sí misma a veces. Y entonces pensaba en la causa aparente, y decía, con una mirada trágica a su miembro marchito: «¡Si pudiera volver a ser como era cuando él me vio por primera vez!»

Destruyó obedientemente sus brebajes y amuletos; pero quedó en ella un anhelo persistente de intentar algo más, alguna otra clase de cura completamente distinta. No había vuelto a ver a Trendle desde que la habían llevado a la casa del solitario contra su voluntad; pero ahora se le ocurrió de pronto a Gertrude que, en un último esfuerzo desesperado por liberarse de aquella maldición aparente, volvería a buscar al hombre, si aún vivía. Se le debía cierto crédito, pues la forma indistinta que había hecho aparecer en el vaso se había parecido innegablemente a la única mujer en el mundo que, como sabía ahora aunque entonces no, podía tener razones para quererle mal. La visita se haría.

Esta vez fue sola, aunque casi se perdió en el páramo y anduvo un trecho considerable fuera de su camino. La casa de Trendle se alcanzó por fin, sin embargo; él no estaba dentro, y en lugar de esperar en la cabaña, fue adonde le señalaron su figura encorvada trabajando muy lejos. Trendle la recordaba, y dejando el manojo de raíces de árgoma que estaba recogiendo para amontonarlas, se ofreció a acompañarla en la dirección de regreso, pues la distan-

cia era considerable y los días eran cortos. Así que caminaron juntos, con la cabeza de él casi inclinada hasta el suelo y su figura del mismo color que él.

— Usted puede hacer desaparecer verrugas y otras excrecencias, lo sé — dijo ella —; ¿por qué no puede hacer desaparecer esto? — Y descubrió el brazo.

— ¡Me atribuye demasiado poder! — dijo Trendle —. Y ya soy viejo y débil. No, no; es demasiado para que yo lo intente por mis propios medios. ¿Qué ha probado?

Ella le enumeró algunos de los cien medicamentos y contrasortilegios que había adoptado a lo largo del tiempo. Él meneó la cabeza.

— Algunos eran bastante buenos — dijo con aprobación —; pero no muchos para un caso como este. Esto es de naturaleza de marchitez, no de herida; y si alguna vez consigue deshacerse de ello, será de golpe.

— ¡Ojalá pudiera!

— Solo conozco una manera de lograrlo. Nunca ha fallado en dolencias de este tipo; de eso puedo dar fe. Pero es difícil de llevar a cabo, y especialmente para una mujer.

— ¡Dígamelo! — dijo ella.

— Tiene que tocar con el miembro el cuello de un hombre ahorcado.

Ella se sobresaltó levemente ante la imagen que él había evocado.

— Antes de que se enfríe; justo después de que lo descuelguen — continuó el conjurador imperturbable.

— ¿Cómo puede eso hacer bien?

— Girará la sangre y cambiará la constitución. Pero, como digo, hacerlo es difícil. Hay que ir a la cárcel cuando haya un ahorcamiento y esperarle cuando lo bajen del patíbulo. Lo han hecho muchos, aunque quizá no mujeres tan bonitas como usted. Solía mandar docenas para enfermedades de la piel. Pero eso fue en tiempos pasados. La última que mandé fue en el trece, hace casi doce años.

No tenía más que decirle; y, después de encaminarla por la ruta derecha hacia casa, se dio la vuelta y la dejó, rechazando el dinero como la primera

vez.

VII

UN VIAJE A CABALLO

La comunicación caló hondo en el ánimo de Gertrude. Era de carácter más bien tímido; y probablemente de todos los remedios que el mago blanco hubiera podido sugerirle no había ninguno que le hubiera inspirado tanta aversión como este, sin hablar de los inmensos obstáculos que se oponían a ponerlo en práctica.

Casterbridge, la capital del condado, estaba a doce o quince millas; y aunque en aquellos tiempos, cuando se ejecutaba a los hombres por robo de caballos, incendio y robo con allanamiento, rara era la sesión judicial que pasaba sin un ahorcamiento, era poco probable que pudiera acceder al cuerpo del reo sin ayuda. Y el miedo a la ira de su marido le impedía pronunciar una sola palabra sobre la sugerencia de Trendle ante él ni ante nadie de su entorno.

No hizo nada durante meses, y soportó su deformidad con paciencia como antes. Pero su naturaleza de mujer, que anhelaba amor renovado por medio de belleza renovada (no tenía más que veinticinco años), la estimulaba sin cesar a intentar lo que, en cualquier caso, difícilmente podría hacerle daño. «Lo que vino por sortilegio por sortilegio se irá, seguramente», se

decía. Cada vez que su imaginación se representaba el acto, se encogía de terror ante la posibilidad; luego las palabras del conjurador, «girará la sangre», se le revelaban susceptibles de una interpretación científica no menos que macabra; el deseo dominador regresaba y la empujaba de nuevo.

Solo había por entonces un periódico del condado, y ese su marido lo tomaba prestado solo de vez en cuando. Pero los tiempos de antaño tenían sus propios medios de antaño, y las noticias se transmitían ampliamente de boca en boca de mercado en mercado, de feria en feria, de modo que cuando se anunciaba un acontecimiento como una ejecución, pocos en un radio de veinte millas la ignoraban; y en lo que a Holmstoke se refería, algunos entusiastas habían llegado a recorrer a pie todo el trayecto hasta Casterbridge y volver en un solo día solo para presenciar el espectáculo. Las próximas sesiones del tribunal eran en marzo; y cuando Gertrude Lodge supo que se habían celebrado, preguntó a escondidas en la posada por el resultado en cuanto encontró la ocasión.

Sin embargo, llegó tarde. El momento en que debían ejecutarse las sentencias había llegado, y hacer el viaje y obtener permiso con tan poco aviso requería al menos la ayuda de su marido. No se atrevía a decírselo, pues había comprobado mediante delicadas insinuaciones que estas creencias campesinas en estado latente lo ponían furioso si se mencionaban, en parte porque él mismo las albergaba a medias. Había que esperar, pues, una ocasión más propicia.

Su determinación recibió un impulso al enterarse de que dos niños epilépticos de ese mismo pueblo de Holmstoke habían acudido muchos años atrás con buenos resultados, aunque el experimento había sido enérgicamente condenado por el clero vecino. Abril, mayo, junio pasaron; y no es exagerado decir que a finales del último de estos meses Gertrude casi anhelaba la muerte de un semejante. En lugar de sus plegarias habituales cada noche, su oración inconsciente era: «¡Dios mío, que ahorquen pronto a alguien, culpable o inocente!»

Esta vez hizo sus averiguaciones con más antelación, y en general fue más sistemática en sus procedimientos. Además, la estación era el verano, entre la siega del heno y la cosecha, y en el descanso que eso le ofrecía su marido había estado pasando unos días fuera de casa.

Las sesiones eran en julio, y fue a la posada como antes. Iba a haber una sola ejecución: solo una, por incendio.

Su mayor problema no era cómo llegar a Casterbridge, sino qué medios utilizar para conseguir entrar en la cárcel. Aunque el acceso para tales propósitos nunca se había denegado antes, la costumbre había caído en desuso; y al contemplar sus posibles dificultades, estuvo de nuevo casi a punto de recurrir a su marido. Pero al sondearle sobre las sesiones, él se mostró tan reservado, tan más hosco que de costumbre, que no siguió adelante y decidió que, hiciera lo que hiciese, lo haría sola.

La fortuna, obstinada hasta entonces, le mostró un favor inesperado. El jueves anterior al sábado fijado para la ejecución, Lodge le comunicó que iba a marcharse de casa uno o dos días más por asuntos en una feria, y que le pesaba no poder llevársela.

Mostró ella en esa ocasión tal disposición a quedarse en casa que él la miró con sorpresa. Hubo un tiempo en que habría mostrado profunda decepción ante la pérdida de semejante excursión. Sin embargo, cayó en su habitual taciturnidad, y el día señalado salió de Holmstoke.

Ahora le tocaba a ella. Al principio había pensado en ir en calesa, pero reflexionando llegó a la conclusión de que no convenía, pues la obligaría a ceñirse a la carretera de peaje y multiplicaría por diez el riesgo de que se descubriera su macabra diligencia. Decidió ir a caballo y evitar el camino trillado, a pesar de que en los establos de su marido no había en ese momento ningún animal que por ningún esfuerzo de la imaginación pudiera considerarse una montura de señora, pese a su promesa antes del matrimonio de tener siempre una yegua para ella. Tenía, eso sí, muchos caballos de tiro, buenos en su género; y entre ellos había una bestia de provecho, una amazona equina, con el lomo tan ancho como un sofá, en la que Gertrude había dado algún que otro paseo cuando se encontraba indispuesta. A ese caballo eligió.

El viernes por la tarde uno de los mozos lo sacó. Ella estaba vestida, y antes de bajar miró su brazo marchito. —¡Ah! —le dijo—, ¡si no fuera por ti me habría ahorrado esta terrible prueba!

Al liar el fardo en que llevaba algunas prendas de ropa, aprovechó para decirle a la criada: —Me llevo esto por si no puedo volver esta noche de la

persona a quien voy a visitar. No se alarme si no estoy antes de las diez, y cierre la casa como de costumbre. Mañana estaré en casa sin falta. — Pensaba entonces decírselo a su marido en privado; lo hecho hecho estaba, y no era lo mismo que lo proyectado. Casi con toda seguridad la perdonaría.

Y así partió la bonita y palpitante Gertrude Lodge de la hacienda de su marido; pero aunque su meta era Casterbridge, no tomó la ruta directa por Stickleford. Su astuto rumbo inicial fue precisamente en la dirección contraria. En cuanto se perdió de vista, sin embargo, giró a la izquierda, por un camino que llevaba a Egdon, y al entrar en el páramo viró y puso rumbo al verdadero destino, dirección al oeste. Difícilmente podría haberse imaginado un camino más reservado por el condado; y en cuanto a la orientación, bastaba con mantener la cabeza del caballo hacia un punto ligeramente a la derecha del sol. Sabía que de vez en cuando encontraría algún cortador de árgoma o algún campesino de quien corregir su rumbo.

Aunque la fecha era relativamente reciente, Egdon era mucho menos fragmentario en su carácter que ahora. Los intentos de cultivo, exitosos y fallidos, en las laderas bajas, que irrumpen y dividen el páramo original en pequeños páramos aislados, no habían avanzado mucho; las leyes de cercamiento no habían surtido efecto aún, y las cercas que actualmente excluyen el ganado de los aldeanos que antes disfrutaban de derechos de pasto comunal, y las carretas de quienes tenían privilegios de extracción de turba que los mantenía provistos de combustible todo el año, no estaban construidas. Gertrude cabalgó, pues, sin más obstáculos que los pinchosos matorrales de árgoma, las alfombras de brezo, los cauces blancos de agua y las cuestas y declives naturales del terreno.

Su caballo era seguro, aunque de pata pesada y lento; y aunque era un animal de tiro, tenía un paso suave; de haber sido de otro modo, ella no habría sido mujer que se aventurara a recorrer tal terreno con el brazo casi paralizado. Eran, pues, casi las ocho cuando tiró de las riendas para dejar respirar a su cabalgadura en el último alto terreno del páramo con vista a Casterbridge, antes de dejar Egdon por los valles cultivados.

Se detuvo ante una laguna llamada Rushy-pond, flanqueada por los extremos de dos setos; una valla discurría por el centro de la laguna, dividiéndola por la mitad. Por encima de la valla vio el verde país bajo; por encima de los verdes árboles, los tejados de la ciudad; por encima de los tejados,

una fachada blanca y plana que señalaba la entrada a la cárcel del condado. En el tejado de esa fachada se movían unas manchitas; parecían obreros que levantaban algo. Se le erizó la piel. Descendió despacio, y pronto se encontró entre campos de cereales y pastos. Otra media hora, cuando ya casi oscurecía, Gertrude llegó al White Hart, la primera posada de la ciudad por ese lado.

Su llegada no causó gran sorpresa; las esposas de los granjeros montaban a caballo entonces más que ahora; aunque a decir verdad, a la señora Lodge ni siquiera se la imaginó casada; el posadero supuso que era alguna joven alocada que había venido a asistir a la «feria del ahorcamiento» del día siguiente. Ni ella ni su marido trataban en el mercado de Casterbridge, de modo que era desconocida. Al aparecer advirtió un grupo de muchachos apostados a la puerta de una guarnicionería un poco más arriba de la posada, mirando hacia dentro con profundo interés.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó al mozo de cuadra.

—Que están haciendo la cuerda para mañana.

Ella vibró de emoción y contrajo el brazo.

—Se vende al centímetro después —continuó el hombre—. Si quiere, señorita, puedo conseguirle un trozo sin coste.

Rechazó precipitadamente tal oferta, tanto más por una extraña sensación de escalofrío ante la idea de que el destino del desdichado reo se estaba entrelazando con el suyo propio; y habiendo reservado una habitación para la noche, se sentó a pensar.

Hasta ese momento no había formado más que las ideas más vagas sobre el modo de conseguir acceso a la prisión. Las palabras del curandero volvieron a su mente. Él había insinuado que debía usar su belleza, aunque mermada, como llave maestra. En su inexperiencia sabía poco sobre los funcionarios de las cárceles; había oído hablar de un sheriff mayor y de un subsheriff, pero solo vagamente. Sabía, en cambio, que debía haber un verdugo, y al verdugo decidió dirigirse.

VIII

UN ERMITAÑO RIBEREÑO

Por esas fechas, y durante varios años más, había un verdugo para casi cada cárcel. Gertrude averiguó que el funcionario de Casterbridge vivía en una cabaña solitaria junto a un río profundo y de corriente lenta que discurría bajo el acantilado donde se alzaban los edificios de la prisión; el mismo río, aunque ella no lo sabía, que más abajo en su curso regaba las vegas de Stickleford y Holmstoke.

Habiéndose cambiado de ropa, y antes de haber comido ni bebido —pues no podía descansar hasta averiguar ciertos detalles—, Gertrude tomó por un sendero junto al agua en dirección a la cabaña indicada. Pasando así por las afueras de la cárcel, divisó en el tejado plano sobre la entrada tres líneas rectangulares contra el cielo, donde las manchitas se habían movido en su vista lejana; reconoció lo que era aquella construcción y siguió andando a buen paso. Cien yardas más la llevaron hasta la casa del ejecutor, que un muchacho le señaló. Estaba junto al mismo río, cerca de una presa cuyas aguas emitían un fragor continuo.

Mientras estaba allí vacilando se abrió la puerta, y salió un anciano que protegía una vela con una mano. Cerrando la puerta por fuera con llave, se volvió hacia una escalera de madera fija al extremo de la cabaña y empezó a subir; era evidentemente la escalera a su dormitorio. Gertrude se apresuró hacia allí, pero cuando llegó al pie de la escalera él ya estaba en lo alto. Le llamó con suficiente fuerza para hacerse oír por encima del fragor de la presa; él miró abajo y dijo: —¿Qué quiere?

—Hablar con usted un momento.

La luz de la vela, tal como era, cayó sobre su rostro pálido y suplicante vuelto hacia arriba, y Davies (que así se llamaba el verdugo) bajó la escalera. —Me disponía a acostarme —dijo—; «a la cama pronto y temprano levantado», pero no me importa quedarme un momento por alguien como usted. Pase. —Volvió a abrir la puerta y la precedió a la habitación interior.

Los aperos de su trabajo cotidiano, que era el de jardinero a destajo, estaban en un rincón, y viendo probablemente que ella tenía pinta de ser del campo, dijo: —Si quiere que haga trabajo en el campo no puedo ir, pues no salgo de Casterbridge ni por nobles ni por villanos, que no. Mi oficio verdadero es el de funcionario de la justicia —añadió con formalidad.

—¡Sí, sí! De eso se trata. ¡Mañana!

—¡Ah! Ya me lo imaginaba. Bueno, ¿y qué pasa con eso? No sirve de nada venir aquí por el nudo; la gente viene continuamente, pero les digo que un nudo es tan misericordioso como otro si se lo mantiene bajo la oreja. ¿Es el desafortunado un pariente; o debería decir, quizá —mirándole el vestido— alguna persona que ha estado a su servicio?

—No. ¿A qué hora es la ejecución?

—A la misma de siempre: las doce, o en cuanto llegue el correo de Londres. Siempre esperamos ese, por si hay indulto.

—Oh, un indulto... ¡espero que no! —dijo ella involuntariamente.

—Bueno, je, je..., por lo que a mí me toca como negocio, ¡también lo espero yo! Pero aun así, si alguna vez un joven mereció salir libre, es este; acaba de cumplir dieciocho años, y solo estaba presente por casualidad cuando prendieron el almiar. Sea como sea, no hay mucho riesgo de eso, pues están obligados a sentar ejemplo, habiendo habido últimamente tanta destrucción de bienes de esa forma.

—Lo que quiero decir —explicó ella— es que deseo tocarlo con el miembro para un conjuro, una cura de una dolencia, por consejo de un hombre que ha comprobado la eficacia del remedio.

—¡Oh, sí, señorita! Ahora entiendo. He tenido gente así en años pasados. Pero no se me ocurrió que usted tuviera pinta de necesitar que le giraran la

sangre. ¿De qué dolencia se trata? Del tipo que no sirve para esto, me apuesto.

—El brazo. —Mostró a regañadientes la piel marchita.

—¡Ah, está todo retorcido! —dijo el verdugo, examinándolo.

—Sí —dijo ella.

—Bueno —continuó con interés—, ¡ese sí es del tipo que me toca! ¡Me gusta el aspecto de la herida; es tan adecuada para la cura como cualquiera que haya visto! Fue un hombre sabio quien la mandó a usted, quienquiera que sea.

—¿Puede arreglámelo todo lo necesario? —dijo ella sin aliento.

—En realidad debería haber ido al director de la cárcel, con su médico y usted, y haber dado su nombre y dirección; así es como se hacía, si bien recuerdo. Aunque quizá pueda arreglarlo yo por un pequeño honorario.

—¡Oh, gracias! Preferiría hacerlo de esta manera, pues quisiera que quedara en privado.

—¿Que el novio no se entere, eh?

—No, el marido.

—¡Ah! Muy bien. Le conseguiré un toque del cadáver.

—¿Dónde está ahora? —dijo ella, estremecida.

—¿«Eso»? El que quiere decir es «él»; y está vivo todavía. Justo ahí, en aquella pequeña ventanita de allá arriba en la penumbra. —Señaló la cárcel en lo alto del acantilado.

Ella pensó en su marido y en sus amigos. —Sí, claro —dijo—. ¿Y cómo debo proceder?

Él la condujo a la puerta. —Bueno, esté esperando en el portalillo de la muralla que encontrará allá arriba en la calleja, no más tarde de la una. Yo lo abriré desde dentro, pues no vuelvo a casa a comer hasta que lo descuelguen. Buenas noches. Sea puntual; y si no quiere que nadie la conozca, póngase un velo. Ah, ¡una vez tuve una hija como usted!

Ella se marchó y subió el sendero, para asegurarse de que podría encontrar el portalillo al día siguiente. Su silueta fue pronto visible: una estrecha

abertura en el muro exterior del recinto carcelario. La cuesta era tan pronunciada que, habiendo llegado al portalillo, se detuvo un momento a tomar aliento; y mirando atrás hacia la cabaña junto al agua, vio al verdugo subir de nuevo por su escalera exterior. Entró en el desván o cámara al que daba, y a los pocos minutos apagó la luz.

El reloj de la ciudad dio las diez, y ella volvió al White Hart como había venido.

IX

UN ENCUENTRO

Era la una del sábado. Gertrude Lodge, habiendo sido admitida en la cárcel según lo descrito, estaba sentada en una sala de espera dentro de la segunda puerta, que se alzaba bajo un arco clásico de sillería, entonces relativamente moderno, con la inscripción: «CÁRCEL DEL CONDADO: 1793». Esta había sido la fachada que divisó desde el páramo el día anterior. Cerca de allí había un pasillo que subía al tejado donde estaba el patíbulo.

La ciudad estaba atestada y el mercado, suspendido; pero Gertrude apenas había visto un alma. Habiéndose quedado en su habitación hasta la hora de la cita, se había dirigido al lugar por un camino que evitaba el espacio abierto al pie del acantilado donde se había reunido el gentío; pero podía oír aún el clamor multitudinario de sus voces, del que surgía a intervalos el

graznido ronco de una sola voz que pronunciaba las palabras: «¡Últimas palabras y confesión!» No había habido indulto, y la ejecución había concluido; pero el gentío seguía esperando para ver bajar el cuerpo.

Pronto oyó la mujer perseverante un paso pesado sobre su cabeza; luego una mano le hizo señas, y siguiendo las indicaciones salió y cruzó el patio interior empedrado más allá de la portería, con las rodillas temblándole tanto que apenas podía andar. Uno de sus brazos estaba fuera de la manga, cubierto solo por el chal.

En el lugar adonde había llegado había dos caballetes, y antes de que pudiera pensar en su propósito escuchó pasos pesados que bajaban una escalera a sus espaldas. Volver la cabeza no podía ni quería; y, rígida en esa postura, fue consciente de un ataúd basto que pasaba junto a ella portado por cuatro hombres. Estaba abierto, y en él yacía el cuerpo de un joven que vestía la blusa de labriego y calzones de tela basta. El cadáver había sido arrojado al ataúd con tanta precipitación que el faldón de la blusa colgaba por fuera. La carga fue depositada provisionalmente sobre los caballetes.

Para ese momento el estado de la joven era tal que una bruma gris pareció flotar ante sus ojos, a causa de lo cual, y del velo que llevaba, apenas alcanzaba a distinguir nada; era como si estuviera a punto de morir, pero se mantuviera en pie por una especie de galvanismo.

— ¡Ahora! — dijo una voz junto a ella, y apenas fue consciente de que la palabra se le había dirigido a ella.

Con un último esfuerzo supremo avanzó, oyendo al mismo tiempo voces que se aproximaban por detrás. Descubrió su pobre brazo maldito; y Davies, destapando el rostro del cadáver, tomó la mano de Gertrude y la sostuvo de modo que su brazo quedara cruzado sobre el cuello del muerto, sobre una línea del color de una mora sin madurar que lo rodeaba.

Gertrude lanzó un grito: «el giro de la sangre» predicho por el conjurador había tenido lugar. Pero en ese momento un segundo alarido hendió el aire del recinto: no era el de Gertrude, y su efecto sobre ella fue hacerla girar en redondo.

Inmediatamente detrás de ella estaba Rhoda Brook, con el rostro desencajado y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Detrás de Rhoda estaba el pro-

pio marido de Gertrude; con el semblante surcado de arrugas, los ojos apagados, pero sin una lágrima.

— ¡Maldita seas! ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo él con voz ronca.

— ¡Desvergonzada! ¡Meterte entre nuestro hijo y nosotros ahora! —exclamó Rhoda—. ¡Este es el significado de lo que Satanás me mostró en la visión! ¡Al final eres como ella! —Y aferrando el brazo desnudo de la más joven, la empujó sin resistencia contra la pared. En cuanto Brook soltó el brazo, la frágil joven Gertrude se deslizó hasta los pies de su marido. Cuando él la levantó, estaba inconsciente.

La mera visión de los dos había bastado para hacerle comprender que el joven muerto era el hijo de Rhoda. Por aquel entonces los parientes de un reo ejecutado tenían el privilegio de reclamar el cuerpo para darle sepultura, si así lo deseaban; y era con ese propósito con lo que Lodge aguardaba el levantamiento del acta con Rhoda. Esta lo había llamado en cuanto detuvieron al joven por el delito, y en distintos momentos desde entonces; y él había asistido al juicio. Esas eran las «vacaciones» en que se había estado solazando últimamente. Los dos desdichados padres habían querido evitar la exposición pública; y por eso habían ido ellos mismos a por el cuerpo, con un carro y una sábana para transportarlo y cubrirlo, que aguardaban fuera.

El estado de Gertrude era tan grave que se consideró aconsejable llamar al cirujano que estaba a mano. La sacaron de la cárcel a la ciudad; pero no llegó viva a su casa. Su delicada vitalidad, mermada quizá por el brazo paralizado, cedió ante el doble golpe que siguió a la intensa tensión, física y mental, a la que se había sometido durante las veinticuatro horas anteriores. Su muerte tuvo lugar en la ciudad tres días después.

Su marido no fue visto en Casterbridge nunca más; solo una vez en el antiguo mercado de Anglebury, que había frecuentado tanto, y muy raramente en público en ningún otro lugar. Agobiado al principio por la melancolía y el remordimiento, fue cambiando poco a poco para mejor, y se presentó como un hombre castigado y reflexivo. Poco después de asistir al entierro de su pobre esposa, tomó medidas para ceder las granjas de Holmstoke y la parroquia colindante, y habiendo vendido todas sus cabezas de ganado, se fue a Port-Bredy, en el otro extremo del condado, donde vivió en alojamientos solitarios hasta su muerte dos años después, de un lento declive sin do-

lor. Se supo entonces que había legado la totalidad de su no despreciable fortuna a un reformatorio de muchachos, a condición del pago de una pequeña renta vitalicia a Rhoda Brook, si se la podía encontrar para que la reclamara.

Durante algún tiempo no se la pudo encontrar; pero al fin reapareció en su antigua parroquia, rehusando absoluta y rotundamente, sin embargo, tener nada que ver con la provisión que se había hecho para ella. Reanudó el monótono ordeño en la vaquería, que siguió durante muchos largos años, hasta que su figura se fue encorvando y su otrora abundante cabello oscuro se volvió blanco y se fue gastando en la frente, quizá por la larga presión contra las vacas. Aquí, a veces, quienes conocían sus experiencias se detenían a observarla y se preguntaban qué sombríos pensamientos palpitaban dentro de aquella frente impasiva y arrugada, al ritmo de los alternos chorros de leche.

Publicado en Blackwood's Magazine, enero de 1888

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB